



(Estátua del condestable en Toledo.)

EL CONDESTABLE DON ALVARO DE LUNA.

Entre los grandes validos que han gozado del favor de los reyes, y llegado á un alto grado de poder y riqueza, es sin duda el mas famoso *D. Alvaro de Luna*, así por el mucho tiempo que duró su privanza, cuanto por la sangrienta catástrofe con que la terminára. Se distingue igualmente por las eminentes prendas que le adornaron, por un genio no comun, un carácter fuerte, y sobre todo por la influencia que ejerció en su época y los servicios que prestó al trono y á su patria. Aquel hubiera quedado tal vez destruido y esta despedazada, á no mantener *D. Alvaro* el decoro del primero y la unidad de la segunda, con toda la energía de que es capaz una alma bien templada que no se arredra por ningún peligro. To-

da su vida fue una continua lucha para conservar su poder contra los esfuerzos de los grandes que intentaban derribarle; y si no siempre merece alabanza por el objeto ni por los medios, menos disculpables son todavia sus enemigos, que á la misma ambicion añadian mas desenfreno y mas pasiones, sin tener su mérito y sus servicios.

Ignórase el sitio y el año en que nació *D. Alvaro*: húbole su padre en una mujer de vida poco honesta, y bien le vino el que aquel perteneciese á una antigua y nobilísima familia de Aragon trasladada no habia mucho á Castilla. Quedó huérfano á la edad de siete años, y varían los autores sobre las circunstancias de su vida

TOMO III.—10 Trimestre.

1 de Agosto de 1858.

Hasta que fue presentado en la Corte por su tío D. Pedro de Luna, Arzobispo de Toledo, en 1408, siendo admitido por paje del rey D. Juan el II que todavía era niño y se hallaba bajo la tutela de su madre la reina Doña Catalina.

Era D. Alvaro de agraciada presencia, de cortesanías modales y de hablar discreto: brillaba en todos los ejercicios por su gentileza y bizarria, y desde luego dió pruebas de valor y de entendimiento. Aficionósele el rey con tan extraordinario cariño, que ya no podía estar sin él, y enfermaba si se veía privado de su compañía: fácil es explicar esta preferencia en favor de quien tanto sobresalía entre sus compañeros y tanto se aventajaba á todos los cortesanos en dotes amables y en todas las prendas que constituían un perfecto caballero. Desde entonces se formó aquel lazo estrecho que tuvo unidos al rey y al vasallo todo el curso de su vida; aquella intimidad que de dos seres distintos no formaba más que uno solo; unión tal, que el uno parecía el alma del otro, á tal punto, que cuando esta alma faltó, no pudo sobrevivir el ser débil que solo por ella alentaba.

Así es que los medros de D. Alvaro en palacio fueron rápidos; y en breve se pudo vislumbrar, así su futura grandeza, como la envidia y las asechanzas de que hasta su muerte había de estar rodeado. Aun antes de tener ningún título en la Corte, tratábase con esplendor y aparato; y mero doncel todavía, sacaba ya su lujoso de hasta trescientos hombres de armas, siguiendo su pendón mancebos de las mas ilustres familias del reino. Mas no tuvo parte alguna en la gobernación del Estado durante la larga minoría del rey, ni aun despues de haber llegado este á la mayor edad, hasta un suceso notable en que prestó á D. Juan servicios de consideración, despues de lo cual, el que ya tenía el primer lugar en el corazón de su monarca, llegó también á ocupar el mismo entre sus consejeros.

Encargada la reina Doña Catalina de la tutoría de su hijo, el ansia de conservar su poder y de prolongarlo mas allá de la minoridad, le hizo criar al rey en tal estado de opresión y dependencia, que no pudo menos de influir de un modo funesto en sus calidades morales, infundiéndole un ánimo servil y una indolencia suma que de todo punto le inhabilitaron para el mando. Conocida esta indolencia suya por los turbulentos próceres del reino, así que por la muerte de la reina madre, y poco despues por su edad, empuñó D. Juan las riendas del Gobierno, trataron de aprovecharse de la debilidad del monarca para satisfacer sus ambiciosas pasiones. Por desgracia el fuego de la discordia era atizado por los infantes de Aragon, D. Juan y D. Enrique, primos del rey; los cuales teniendo inmensos bienes y dignidades en Castilla, aspiraban á mas poder y á ser los árbitros exclusivos del reino. Hallábanse en un principio divididos, y tenían cada uno su parcialidad que llenaba la Corte de disturbios. Dudoso estaba á cual de los dos quedaría la victoria, cuando tuvo D. Juan que ausentarse para ir á sus bodas con la princesa heredera de Navarra, y aprovechando D. Enrique el momento, ideó y ejecutó con inaudita audacia un atentado que pusiera al rey y el gobierno en sus manos.

Hallábase la Corte en Tordesillas; y una noche, seguido el infante de algunos parciales suyos, se apoderó del alcazar, penetra hasta el dormitorio del rey, y se asegura de su persona. Este golpe atrevido surtió al principio los efectos que el infante deseaba: varió todas las personas que servían en el gobierno y en palacio, poniendo en su lugar otras de su parcialidad: logró casar con la hermana del rey, y llevado este en pri-

sion hasta Talavera, condescendió con cuanto quiso su ambicioso primo.

D. Alvaro de Luna fue la única persona que dejaron al lado del monarca de cuantas antes le servían: debió esta escepcion al excesivo cariño del rey, y á no tener entonces todavía grande importancia política. Procuráronle ganar sin embargo, con seductoras promesas; mas él permaneció fiel, y solo pensó en sacar de tan oprobiosa esclavitud á su soberano. Consiguíolo al fin; pues aprovechando los instantes en que entretenido D. Enrique con los gustos de su nuevo enlace, se hallaba menos vigilante, con pretexto de una cácería, llevó á cabo la fuga del rey y le condujo al castillo de Montalván, donde no tardó el monarca en verse cercado por el infante y los suyos. Duró el cerco ocho dias en los cuales llegaron á tal punto los apuros de los sitiados, que una perdiz introducida furtivamente por la lealtad de un aldeano, fue un regalo de inestimable valor para el poderoso rey de Castilla. Por fin la firmeza que en aquella ocasión desplegó el rey, la actividad de D. Alvaro, los socorros que por todas partes acudían en su defensa, y sobre todo la llegada del infante D. Juan que se aproximaba en fuerza, hicieron desistir á D. Enrique de su temerario empeño, y libre el rey, pudo volver á la gobernación de sus estados.

El eminente servicio que en esta ocasión había prestado D. Alvaro, no podía quedar sin premio; hizo lo el rey señor de las villas de Ayllón y Santistevan, de que luego fue conde; pero una dignidad mas alta, la primera de Castilla, le estaba reservada, para elevarle de repente á la cumbre del poder.

Uno de los parciales de D. Enrique, y el que mas le ayudó en su anterior atentado, fue el Condestable D. Rui Lopez Dávalos, caballero por otra parte de recomendables prendas, honrado, y generalmente bien quisto. No pudieron sin embargo sus eminentes servicios, ni su buen nombre, ni su elevado carácter libertarle de la persecución; y á pretexto de tratos secretos con el rey moro de Granada, se le formó causa; y aunque nada se le pudo probar, fue despojado de sus estados, de sus inmensas riquezas, de todos sus honores, y confinado á Valencia donde murió pobre y sin mas recursos que los que debió á la generosidad de un antiguo criado.

En el repartimiento de sus despojos, tocó á D. Alvaro la dignidad de Condestable. Este elevado puesto pudo por entonces colmar todos sus deseos; y desde aquel momento empezó á ser el árbitro de los destinos de Castilla; mas no llegó á tal punto sin pagar la deuda comun á todos los que elevados á una grande altura de poder, tienen que defenderlo contra los embates de los ambiciosos y descontentos que mas bien que movidos por el deseo del bien público, obran á impulsos de la envidia y de pasiones viles. La época de su encumbramiento fue también el principio de aquella larga lucha de mas de treinta años que mantuvo contra los próceres del reino, y en la que unas veces vencedor, otras vencido, pudo satisfacer su orgullo con la humillación de sus rivales, teniéndolos á sus pies; pero al fin dió al mundo en su sangrienta catástrofe un terrible ejemplo de cuan vanos y efimeros son así los mas brillantes dones de la fortuna, como el favor de los reyes.

Larga y enojosa sería la relación de estas fatales revueltas, que menguaron lastimosamente el poder de Castilla y ajaron el decoro de la corona. Las fuerzas que debían emplearse en destruir los restos del poder musulmán en España, se volvieron contra la misma patria, y rasgando su seno, hicieron en ella dolorosas heridas. Solo una vez el honor nacional suspendió la discordia civil, reunió á los próceres del reino al rededor de su monarca, y el

rey D. Juan se movió con poderoso ejército contra los moros. La famosa batalla de la Higuera ciñó á la frente de D. Alvaro el laurel mas puro y brillante de cuantos alcanzara en su vida; probando al mundo que reunia los dotes de gran capitán á todas las demas prendas que le adornaban; y que menos combatido de enemigos domésticos, ó menos receloso de perder su alto valimiento y poderio, hubiera podido quizás adelantar la época de la rendición de Granada, y arrebatar su gloria á los reyes católicos. Mas el cielo no le quiso conceder mas triunfos que los que alcanzados en discordias civiles, vedan la alegría á los pechos honrados y rompen los diques á los manantiales del llanto.

Ya antes de esta expedición contra los moros había experimentado la fortuna de D. Alvaro un sensible reves, presagio de otros muchos que le esperaban. Unidos los dos infantes que antes estaban separados en opuestos bandos, combinaron sus esfuerzos para derrocar al valido. Ardió la corte en intrigas, y estaban ya las cosas á punto de romper, cuando se acordó dejar la decisión de la contienda á una junta compuesta de cuatro compromisarios por cada una de las dos parcialidades. El fallo de esta junta fue contrario al Condestable, pues decidió que hubiese de salir de la corte y permanecer año y medio desterrado de ella.

Mas esta sentencia, al parecer tan contraria, se convirtió para él en triunfo. Retirado en la villa de Ayllon fuéronle á visitar las personas mas notables del reino; y en breve se hizo tan numerosa y lucida la concurrencia, multiplicáronse á tal punto los festejos, que no parecía sino que la corte había desamparado el lado del rey para trasladarse á donde estaba D. Alvaro. Entretanto el monarca que no podía pasar sin verle suspiraba por su regreso; las parcialidades de los que arpiraban á sucederle en el mando promovían diariamente nuevos escándalos; y no bien habían pasado algunos meses, cuando todos aconsejaron á D. Juan que le volviese á llamar: no deseaba otra cosa el débil monarca á quien no se había visto con rostro alegre durante la ausencia de su favorito; y vencedor D. Alvaro de todos sus enemigos por solo el ascendiente de su genio y de su fortuna, ostentó en su primera entrevista con el rey un aparato y magnificencia de que no había ejemplo.

Pero sus émulos y rivales no podían perdonarle esta victoria; y como su privanza y poderio aumentaban cada dia, llegó al mas alto grado el encono y la odiosidad, y promoviéronse nuevos desabrimientos que solo tuvieron tregua cuando los infantes llamados por su hermano el rey de Aragon para acompañarle en sus expediciones de Italia, dejaron respirar á la infeliz Castilla que alteraban con su ambición insaciable. Volvieron sin embargo y volvieron con ellos los bandos y los disturbios, y á pesar de que el infante D. Juan era ya rey de Navarra, mas atento á dominar en Castilla que á gobernar su reino, ora uniéndose á la corte, ora combatiéndola, fue el foco principal de las revueltas que se complicaron todavía tomando parte en ellas el rey de Aragon que movió guerra al de Castilla, si bien con poca gloria suya, pues en ella llevó la peor parte, á lo que contribuyeron en gran manera el valor y pericia de D. Alvaro.

Sin embargo, el privado, á pesar de su grande influjo y superior talento, no siempre lograba sostenerse firme contra tan poderosos enemigos; pero estos reveses de fortuna eran vaivenes pasajeros que le procuraban al fin mas estabilidad y firmeza en su puesto. Logró por último vencerlos completamente. Las parcialidades y bandos de corte rompieron, como no podía menos de suceder, en una guerra civil. Los campos de Olmedo vieron combatir por un lado al rey y á D. Alvaro y por

otro á los príncipes aragoneses. Fuesen la suerte funesta á estos últimos: vencidos y derrotados, tuvieron que huir, D. Juan á su reino de Navarra, y D. Enrique á Aragon donde murió de sus heridas.

La victoria de Olmedo elevó á D. Alvaro á la cumbre del poder, y desde entonces no tuvo ya quien le contrarrestase. Entre las mercedes que obtuvo, fue la mas importante el maestrazgo de Santiago, que había quedado vacante por muerte de D. Enrique, añadiéndose esta nueva dignidad con sus cuantiosas rentas á los numerosos títulos y tesoros que ya poseía. De entonces su ambición, su codicia y orgullo no tuvieron coto; y en el desvanecimiento que produjo en él tan desmesurada grandeza, cometió faltas que al fin acarrearón su ruina.

La reina Doña María, primera esposa de D. Juan, había sido siempre enemiga de D. Alvaro. Quiso aquel contraer segundas nupcias, y aunque su inclinación era hácia la hija del rey de Francia, logró el favorito casarle á su despecho con Doña Isabel, infanta de Portugal, creyendo que una reina hechura suya le sostendría en su privanza por agradecimiento. Mas salióle tan errado este cálculo, que Doña Isabel se declaró en breve su mas mortal enemiga; y como era joven y hermosa, pudo mas su hechizo sobre un esposo ya entrado en años, que la antigua afición hacia el válido, afición que el tiempo había empezado á debilitar; y trocándose poco á poco en disgusto, no necesitaba mas que un ligero impulso para convertirse en odio declarado.

Con efecto, el rey no veía ya en D. Alvaro aquel joven seductor, aquel caballero tan brillante por sus sobresalientes prendas, tan superior á todos sus rivales, cual se mostraba en sus primeros años. Era ya el condestable viejo, de carácter áspero y altanero, tan exigente con su rey que hasta quería dirigir las acciones mas ocultas de su vida privada, teniéndole, por decirlo así, en prisión perpetua; pues por todas partes, á todas horas se le encontraba, y donde quiera se veía solo circundado de su familia ó de partidarios suyos. Esta disposición desfavorable del rey fue alimentada por la reina, por el príncipe heredero y por los demas contrarios de D. Alvaro, y dióse ya á conocer tan manifestamente, que el privado empezó á temer por su seguridad, se rodeó de numerosa guardia; y habiendo descubierto que uno de los que mas trabajaban en su ruina era Alonso Perez de Vivero, que por su favor había llegado á los primeros puestos de la corte, fue tal la ira que produjo en él semejante ingratitud, que llamándole á su casa, le hizo precipitar de lo alto de una torre.

Este delito fue la señal de su desgracia. Irritado el rey le mandó prender, y formándosele causa, fue degollado en un público cadalso el dia 2 de julio de 1453 en la plaza de Valladolid. Su cabeza permaneció nueve dias colgada de una escarpiá en el mismo sitio; y el que tantos tesoros había logrado juntar, fue enterrado con el dinero que se recojió en una bandeja puesta á los pies del cadalso.

Murió D. Alvaro de un modo digno de tan gran caballero y en nada desmintió la fortaleza de que había dado pruebas en todo el curso de su vida. «Desque llegó al cadalso, dice la crónica del rey D. Juan, fíncó las rodillas é adoró la cruz, e después levantóse en pie, y paseóse dos veces por el cadalso; é allí el Maestre dió á un page suyo una sortija de sellar que en la mano llevaba, é un sombrero, é le dijo: *Toma el postrimero bien que de mi puedes recibir*, el cual lo recibió con muy gran llanto. Y en la plaza y en las ventanas había infinitas gentes que habían venido de todos los lugares de aquella comarca á ver aquel acto: los cuales desque vieron al Maestre así andar paseando, comenzaron de

hacer muy gran llanto, é todavía los frailes estaban juntos con él, diciéndole que no se acordase de su gran estado é señorio, é muriese como buen cristiano: el les respondió que así lo hacía, é que fuesen ciertos que en la fé parecían á los santos mártires. E hablando en estas cosas, alzó los ojos é vido á Barrasa, caballero del príncipe, é llamóle é dijole: *Ven aca, Barrasa, tú estás aquí mirando la muerte que me dan; yo te ruego que digas al príncipe mi señor, que dé mejor gualardon á sus criados, que el rey mi señor mandó dar á mí.* E ya el verdugo sacaba un cordel para le atar las manos, el Maestre le preguntó: *¿Qué quieres hacer?* El verdugo dijo: *Quiero, señor, ataros las manos con este cordel.* El Maestre le dijo: *No hagas así, é diciéndole esto, quitóse una cintilla de los pechos é dió-gela, é dijole: Atome con esta, é yo te ruego que mires si traes buen puñal afilado, porque prestamente me despaches.* Otro si le dijo: *Dime, ¿aquel garabato que está en aquel madero, para que está allí puesto?* El verdugo le dijo: *que era para que despues que fuese degollado, pusiesen allí su cabeza.* El Maestre dijo: *Despues que yo fuere degollado, hagan del cuerpo y de la cabeza lo que querrán.* Y hecho esto, comenzó á desabrocharse el collar del jubon, é aderezarse la ropa que traía vestida, que era larga de chamelote azul forrada en raposos ferreros; é como el Maestre fue tendido en el estrado, luego llegó á él el verdugo, é demandóle perdón, é dióle paz, é pasó el puñal por su garganta, é cortóle la cabeza é puso la en el garabato.»

D. Alvaro fue enterrado donde se enterraban los malhechores que eran muertos por la justicia: mas luego fue trasladado con grande acompañamiento á S. Francisco; y bastantes años despues fue llevado á Toledo y sepultado en la suntuosa capilla de Santiago que en los mejores tiempos de su gloria había erijido para su enterramiento en la catedral y cuyo monumento lúnebre va representado al frente de este artículo.

A. G. y Z.

ARQUITECTURA.

III.

ORDEN CORINTIO.

De los tres órdenes inventados por los griegos, y que han dado despues el tipo de la mas bella arquitectura, el corintio presenta incontestablemente ya por sus pormenores, ya por sus proporciones generales, el carácter de mayor riqueza. La caña de la columna admite las estrias; y las moluras de su cornisamento pueden esculpirse del mismo modo que las del orden jónico. Su friso admite muy bien guirnalda, y mucho mejor espi-
rales, que están en armonía con las hojas del capitel.

En fin la corona de la cornisa está por lo comun adornada de modillones, segun Vignola.

La altura de este orden es de veinte y cinco módulos, repartidos del modo siguiente: la basa de la columna un módulo; la caña diez y seis módulos, doce partes el capitel dos módulos, seis partes; el arquitrave un módulo y nueve partes; el friso un módulo y nueve partes, y la cornisa dos módulos. El pedestal consta de seis

módulos y doce partes de los que catorce partes son para la cornisa y doce para la basa.

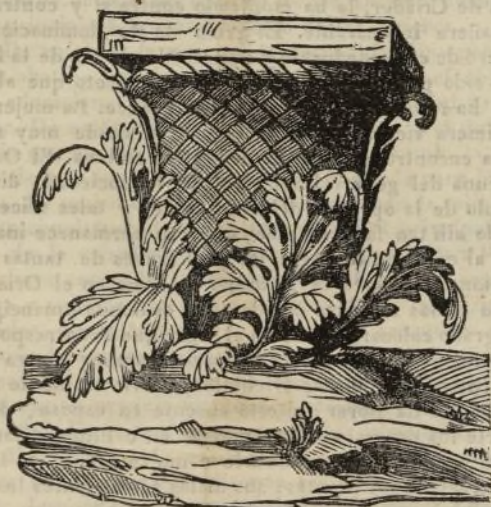


(Columna corintia.)

El capitel corintio tiene un origen del que quisiéramos no dudar, segun lo gracioso y poético que es. «Habiendo muerto una joven hermosa de Corintio que estaba próxima á casarse, puso su nodriza sobre su sepulcro en un cestillo algunos vasitos que la joven había estimado mucho; pero para que la intemperie no los echase á perder tan pronto, estando á descubierto, colocó una teja sobre el cestillo. Este quedó casualmente puesto sobre la raíz de una planta de acanto, y sucedió que cuando los tallos y las hojas empezaron á retoñar por la primavera rodearon al cestillo, y cuando creciendo mas tropezaron con las estremidades de la teja se en-
corbaron por sus puntas y formaron la circunvolucion de la voluta. El escultor Calímaco á quien los atenien-
ses llamaron *Catatechnos*, por la delicadeza y sutileza con que tallaba el mármol, pasando cerca del sepulcro vió el canastillo y el modo con que le habían circundado las recientes hojas. Esta figura le agradó por extremo, y la imitó en las columnas que hizo despues en Corinto.

De esta suerte refiere Vitruvio la invencion de este capitel; pero otros observan que con mucha anterioridad á Calímaco, que vivía en el año 540 antes de la era cristiana, los Egipcios, Asirios y Hebreos habían empleado en sus edificios columnas coronadas con chapite-

les. Se llegó hasta decir que los artistas griegos habían encontrado el modelo del chapitel corintio en el templo de Salomón. Padieran ciertamente haber concebido la primera idea á la vista de aquel templo, ó de los de Egipto, á los cuales debía parecerse el de Jerusalén, y cuyos chapiteles de columna tienen en general mas analogía con el chapitel corintio que con ningún otro. Los egipcios les daban, por conformarse sin duda con sus ritos sagrados, la forma de un vaso ó del Loto, y le adornaban de palmas ó de varias hileras de hojas. De todos modos no puede menos de conocerse en el capitel corintio las hojas y tallos de una planta modificada, y regularizada en cierto modo por la arquitectura; y la historia ó fábula de Calímaco puede servir á lo menos para dar á concebir la composición de este capitel.



(Origen del capitel corintio.)

Los griegos no han tenido realmente la gloria de haber inventado el capitel corintio, sino el de haberle hasta cierto punto perfeccionado. No estando sujetos los chapiteles en Egipto á ninguna regla, ni respecto á la forma, ni á los adornos, los arquitectos egipcios los variaban al infinito, y los colocaban indiferentemente en los monumentos mas importantes, del mismo modo que en los monolitos. Sus edificios presentan aun esta variedad de formas y adornos hasta en los chapiteles de un mismo pórtico. Admitiendo pues que los griegos hayan tomado en los tipos egipcios la idea del chapitel corintio, los resultados que supieron sacar han llegado á ser tan superiores al modelo primitivo, que puede mirarseles como á inventores del orden corintio, así como lo fueron del dórico y el jónico. No será en verdad la vez primera en que un dato imperfecto y una indicación ligera hayan bastado al genio, sin privarle de sus mas bellos títulos, para producir una obra admirable. Los griegos son pues los que crearon este sistema de orden, cuyo conjunto de proporciones, la armonía de los pormenores, y los diferentes grados de riqueza hábilmente repartidos, permiten dar á los monumentos un carácter análogo á los sentimientos que los han inspirado, y hacer en fin que hablen al alma.

Hemos dicho que la altura del capitel corintio es, según Viñola, de dos módulos, seis partes, repartidos del modo siguiente: para el tambor, que este nombre se da al vaso ó campana, y que conformándose con la narración de Vitruvio debiera llamarse canasto, dos módulos; para el abaco seis partes. Sea que figure como

sucede á veces un canasto tejido de mimbres, sea que esté liso y semejante en tal caso á una campana al revés, el tambor está siempre cubierto de dos hileras de hojas, compuestas cada una de otras ocho, y de ocho volutas ó elices. Las hojas nacen desde el collarín, y la primera serie de ellas se eleva á un tercio, y la segunda á dos tercios del tambor. Las volutas salen de los cogollos, llamados también caulícolos, cuya parte inferior está oculta bajo la primera serie de hojas, y cuya parte aparente escude á esta primera serie en casi un tercio de módulo. Estos cogollos son cuatro, y de cada uno de ellos salen entre un ramillete de hojas dos foliajes terminados en voluta, el uno mas pequeño que llega hasta el labio del tambor, bajo la mitad del abaco, y el otro mayor que toca al ángulo del abaco: resultando de aquí que cada uno de los ángulos de este último está sostenido por dos volutas que le aseguran al gálibo circular del tambor, al mismo tiempo que dos volutas mas pequeñas van á reunirse bajo el medio de cada una de sus cuatro caras. Estas caras bajo una línea recta de dos módulos y veinte partes tienen una sesgadura, cuyo centro ocupa una rosa ú otro adorno de este género. Los ángulos están cortados también ligeramente. En cuanto á las hojas, imitan á las del acanto, el peregil, á veces á las del olivo, y entonces se las reúne en un tallo para formar como unas palmas equivalentes á la hoja separada del acanto. Tal es en general el capitel corintio; pero los griegos variaron mucho la naturaleza y aun la forma de las partes que le componen, conservando sus masas y disposiciones principales.



(Capitel corintio.)

La proporción que adoptó Viñola y que siguió Perrault es mas suelta, mas elegante y de mejor efecto que la de los dos módulos que da Vitruvio al capitel corintio, y también mas conforme á lo que conocemos de los edificios griegos del buen tiempo del arte. Pero en vano los viajeros mas instruidos han buscado en la patria de Calímaco y entre las ruinas libertadas de la devastación de los romanos algunos vestigios del orden á que Corintio ha dado su nombre, no queda reliquia alguna, y es preciso ir á otras ciudades de Grecia y de Italia á contemplar los monumentos de este orden.

El mas antiguo de los de Atenas que tiene una fecha cierta y que ofrece, sino el corintio puro, á lo menos caracteres muy análogos, es el llamado la linterna de Demóstenes, construido hacia el año 330 antes de Jesu-

cristo. Se ven tambien los capiteles de hojas en un monumento de Atenas, la torre de los Vientos, cuyo origen es difícil indicar, y que no debió construirse sino en tiempo de Hiparco, ó 150 años antes de Jesucristo. El templo de Júpiter Olímpico, del que no quedan mas que ruinas, es verdaderamente de orden corintio, y ofrece la singularidad de que sus abacos son de ángulos agudos, lo que se observa tambien en Atenas en el *stoa*, ó pórtico de Adriano, en el arco de Teseo, y en Tívoli en el templo de Vesta. Este templo atestigua que en la época de su construccion el orden corintio, transportado de Grecia á Italia, estaba todavia en su infancia, y que verdaderamente fue en Roma donde llegó á su último grado de perfeccion, como lo prueban el monumento llamado Frontispicio de Neron, y los de Júpiter Tonante, el Foro de Nerva, el Panteon, el de Júpiter Stator, de Antonino y de Faustina. Mientras lo ejecutaron en Atenas artistas griegos ó romanos conservó un carácter particular en el abaco y las hojas; pero las formas agudas de estas se fueron evidentemente suavizando, y han adquirido aquella flexibilidad y gracia que se notan siempre en los edificios de Roma de los mejores tiempos del arte.

DE LA MUJER.

Nacida la mujer para labrar la felicidad del hombre, el hombre sin embargo ha solido ser su tirano; y en vez de mirarla como compañera, la ha tratado como esclava; pero en castigo ha destruido tambien su propia felicidad, envileciendo al ser que debía procurársela; y solo cuando le ha dado en la sociedad el lugar que le corresponde, ha podido sentir aquellas dulces emociones que le hacen la existencia amable en medio de los trabajos que le cercan.

Quien no ve en la mujer mas que su belleza, quien solo la considera como un instrumento de sensuales placeres, ese no conoce mas que la mitad de un ser capaz de inspirar mas nobles sensaciones; y merece vivir entregado á ese desasosiego continuo que atormenta al que corre tras de una dicha que le huye, porque la busca donde jamas existe. La ambicion, la soberbia, la codicia, si se apoderan del corazon del hombre, le destroran miserablemente; y su alma no puede hallar descanso, sino cuando consigue refugiarse entre los brazos del amor.

Mas por amor solo entendemos aquel afecto puro que tiene origen en la idea sublime que hemos formado del objeto amado; aquel mirarle como el único sin el cual nuestra existencia no es posible; aquel éstasis que á su lado nos enajena y nos lleva á contemplarle como la deidad que protege nuestra vida, y es merecedora de nuestras adoraciones. Entonces desaparece el mundo á nuestros ojos, se suspenden las penas, y olvidándonos de la maldicion celeste que pesó sobre la especie humana, nos creemos transportados al Eden donde á no ser por su culpa disfrutaban de bienaventuranza eterna nuestros primeros padres.

La naturaleza humana está dotada de varios afectos cuyo conjunto forma su perfeccion; pero Dios al formarla no quiso reunirlos todos en una misma criatura. Hubiérala hecho demasiado perfecta y no existiera diferencia alguna entre los ángeles y ella. Distribuyó las diversas calidades que queria conceder á los habitantes de la tierra en dos distintos seres; y haciendo por lo tanto de

cada uno de ellos un ser imperfecto, los obligó á que fuesen necesarios el uno para el otro. No se envanezca, pues, tanto el hombre cuando en su orgullo se compara con la mujer y le dice: «yo soy tu señor.» Este señor nada seria sin la compañera á quien desprecia.

Al hombre concedió el ser supremo todas las calidades que constituyen el poder; pero nególe las que engendran el amor sin el cual la sociedad no existiría. Con su poder, el hombre no seria mas que un instrumento de destruccion, y acabaría por destruirse á sí propio: con su hechizo, la mujer es el vehículo de la sociabilidad, es el lazo que une á los humanos. Oponiendo la dulzura á la fuerza, la mujer conserva esa feliz armonía que forma las sociedades, y es la condicion primera de su existencia.

Por desgracia la parte que le cupo al hombre en los dones de Criador, la ha empleado contra sí y contra su compañera inseparable. El genio de la dominacion se apoderó de él desde luego, y el ansia de abusar de la fuerza ha sido por mucho tiempo el único afecto que al parecer ha reinado en su corazon de bronce. La mujer fue la primera víctima de su injusticia; y desde muy antiguo la encontramos por donde quiera esclava. El Oriente, cuna del género humano y de la sociedad, dió el ejemplo de la opresion del sexo débil; y tales roices ha echado allí tan fatal sistema, que aun permanece inalterable al cabo de tantos siglos y al través de tantas revoluciones: esclava es la mujer todavia en el Oriente; y solo en las regiones occidentales es donde emancipada ha logrado colocarse al fin en el lugar que le corresponde.

«Has nacido para ser esclava del hombre y para servirle (dice la ley de los orientales), si rie tu has de reir, si llora has de llorar; si está ausente tu esposo, debes ponerte los peores vestidos y vivir en continua tristeza: si está presente has de mirarle como tu señor, tu Dios, y postrarte á sus plantas: sus malos tratamientos los has de recibir como tu mayor felicidad; y si muere, solo serás honrada quemándole con su cadáver en una misma pira.» Y no bastando todavía tan grande humillacion, llega el desprecio hasta considerar como viles rebaños á las mujeres, que vendidas y compradas en horrible mercado, se amontonan luego en el harem, donde yacen á disposicion de su dueño que baja á escogerlas con la misma indiferencia con que suele elegir en su cuadra el caballo que ha de pasearle.

Pero una eterna maldicion ha caido sobre esos pueblos. Allí donde la mujer es esclava, tambien el hombre lo es: el despotismo y la degradacion es la suerte de esas regiones donde la parte mas hermosa de la especie humana se ha visto despojada de sus legítimos derechos. La inspiracion del genio no los inflama tampoco; porque el genio está muerto donde la mujer no le alienta con sus miradas; y muertos los orientales para el amor, lo están tambien para la civilizacion.

Menos injustos fueron los pueblos de Grecia y Roma, y si entre ellos la mujer no estuvo del todo emancipada, con todo fue su suerte mucho mas llevadera. Todavía, continuó, es cierto, la preocupacion de que la mujer es un ser de especie inferior al hombre: todavia se la tuvo reducida á una triste dependencia; y encerrada en lo interior de la casa, no salia á alegrar la sociedad con su hermosura y hechizo. Mas estimóse la bastante para no venderla como vil mercancía, para unirse á ella con nudo estrecho y á veces indisoluble, para contentarse con una sola esposa y no amontonar en un serrallo infelices instrumentos de lascivia. Consideróse ya á la mujer como á la compañera del hombre, si bien sujeta á él; y sino inspiraba adoracion y entusiasmo, se la concedia al menos respeto.

Así es que la suerte de estas naciones fue muy diferente de la que les cupo á los orientales. Brilló en ellas la antorcha de la libertad, aunque fue una libertad imperfecta y mal entendida; y la civilización llegó á mucha mayor altura, sin embargo de que al fin se detuvo también el movimiento progresivo que debía llevarla á la perfección.

Equivocada como lo era tan generalmente la idea que debía tenerse de esta hermosa mitad de la especie humana cegada la fuente del verdadero conocimiento en este punto, era menester nada menos que la intervención divina para remediar el daño que habían hecho los siglos. Solo Dios que criara la mujer dotándola con tan preciosas prendas, podía restituirla á su verdadero ser; y tal fue el afecto que produjo el cristianismo. El cristianismo vino á destruir toda especie de esclavitud: acabó con la doméstica, oprobio de los antiguos tiempos, y dió principio á la emancipación de las mujeres.

De entonces la que por tantos siglos había permanecido abatida, quedó divinizada. Vino á ser el objeto de las adoraciones del hombre; y pasó desde el harem al altar. De esclava se convirtió en señora; y el dulce imperio que ejerció sobre los corazones, templó la ferocidad de una época bien triste por otro lado para los pueblos. La mujer entonces se confundió con la religión; el culto simultáneo de una y otra formó el principal carácter de la caballería, de aquella institución tan llena de gloriosos recuerdos; y así como la religión era espiritual, pura y sublime, así el amor vino á tener las mismas calidades, despojándose de los afectos sensuales que un tiempo le dominaron exclusivamente. Acaso rayó en exageración aquel espiritualismo del amor; pero esta misma exageración produjo virtudes y heroísmo, y purificó una sociedad donde tantas malas pasiones se agitaban.

Ha cedido á la verdad tan noble entusiasmo; y el amor no es ya en el día una religión para el hombre; pero después de haber sido elevada la mujer á tanta altura, no ha podido ya descender al envilecimiento, y ha quedado igual al hombre. Querida y respetada, se ostenta á par de su compañero para dar vida á la sociedad que sin ella no podríamos concebir ahora. Ella anima nuestras reuniones, embellece nuestros paseos, encanta nuestros hogares, alivia nuestras penas, participa de nuestras alegrías; y tal vez sube al trono á labrar la prosperidad y gloria de las naciones. Ni la lira de los poetas, ni el pincel de Apelles, ni aun el compás de los geómetras, son ajenos de su sexo; que con ellos la hemos visto disputar la palma al hombre que parecía haber vinculado en sí la gloria de la sabiduría. Emancipada la mujer, no falta quien pretenda admitirla también á todos los derechos políticos, y desea verla sentada en el estrado del jurisconsulto, ó en el sillón del ministro, ó tal vez mandando ejércitos y ganando batallas. Con todo, no es eso para lo que ha sido formada: los ejemplos que se citan para apoyar semejantes pretensiones son escepciones brillantes que nada prueban. Ha habido mujeres varoniles como han existido hombres afeminados pero cada sexo tiene marcadas sus ocupaciones por su misma naturaleza. Las de la mujer son importantes, útiles dirigidas todas á nuestra felicidad: bastante tiene con ellas, sin necesidad de usurpar las que no le corresponden. Así como el hombre se degrada cuando toma la rueca, la mujer se degrada también cuando quiere tomar la espada. Porque ni la rueca ni la espada son viles de por sí, sino por caer en manos de quien no debe manejarlas. Conténtese, pues, la mujer con haber recobrado su dignidad perdida, y crea que no es inferior al hombre porque el cielo la haya destinado á fines, sino iguales, no menos importantes y honrosos.

De todos modos, felicitémonos de este dichoso cambio que en las naciones modernas ha experimentado la suerte de las mujeres. A él debemos este movimiento progresivo que nos encamina á la perfectibilidad en todo; ó por lo menos, es una de las señales más positivas de nuestra superioridad sobre los antiguos y sobre las naciones donde todavía la mujer es esclava. El valor, el genio, el entusiasmo que producen los heroicos hechos, que inspiran las obras grandes, no perecerá en nosotros, porque la mujer nos mira, nos acompaña y nos anima.

CAUSAS CÉLEBRES EXTRANJERAS.

Los ahogadores de Edimburgo, Guillermo Burke y Guillermo Hare.

I.

El último día del mes de octubre de 1828, á cosa de las nueve de la mañana, una mujer de 45 á 50 años cubierta de andrajos, de estatura pequeña pero de constitución robusta, entró en una tienda de los arrabales de Edimburgo, pidiendo un penny para comprar pan. Hallábase á la sazón en la tienda un irlandés, remendon de oficio, llamado Guillermo Burke, hombre bajete y rehecho, de quijadas prominentes, ojos pardos, hundidos bajo cejas espesas, cuello enorme, nariz chata y cabello y bigotes rojos. «Creo conoceros, dijo este á la mendiga, esforzándose en aparentar un aire risueño; ¿como os llamais?»

«Madgy Docherty, respondió la mujer, admirada de semejante pregunta. Vengo de Glasgow y voy buscando á un hijo, á quien no puedo hallar.»

«Docherty de Glasgow, replicó Burke, bien lo decia yo; vos sois parienta de mi madre; venid á mi casa, buena mujer y os daré de almorzar.»

La mendiga que se sentía con buen apetito no despreció un convite tan oportuno, y siguió á aquel hombre que decía ser su pariente, pero á quien no conocía. Pronto llegaron á una casilla situada en el fondo de una de aquellas callejuelas ó tránsitos angostos y sombríos tan comunes en los arrabales de Edimburgo. Esta era la casa del irlandés, que vivía amancebado con una muchacha llamada Elena Mac-Dougal. Algunas mujeres que estaban al paso advirtieron que su vecino había vuelto acompañado de una persona extraña.

A las 3 de la tarde una de aquellas mujeres fue á la casa de Burke y vió á la forastera comiendo en un rincón del hogar sopas en leche. «¿Quién es esta mujer, preguntó Ana Black á Elena Mac-Dougal?—Es una escocesa amiga de mi marido, respondió esta, no sé mas.»

Habiendo dejado sola sus huéspedes á Madgy Docherty en la misma noche fue ella á visitar á Ana Black; pero estaba tan tomada del vino que apenas podía tenerse en pie. Decía que quería ir á la ciudad á adquirir noticias de su hijo, pero cediendo á las reflexiones que se le hicieron se determinó á quedar, temiendo no volver á encontrar el camino, y no teniendo, añadió, bastante dinero para pagar un albergue. Durante esta conversación volvió Elena Mac-Dougal, seguida de un amigo de Burke, llamado Hare y de su mujer. Detuvieronse los tres en la estancia de Ana Black, bebieron con Madgy Docherty una botella de licor que mistress Hare había traído, y rieron, bailaron y cantaron hasta la llegada de Burke que no volvió hasta las 10 de la noche.

Después de la salida de sus vecinos se había acostado

Ana Black, pero no la dejó dormir en largo rato el ruido que habia en la casa de Burke; habian cesado las risas y las canciones, y le parecía que Burke y Hare se estaban sacudiendo. Otra mujer llamada Juana Laurie, que vivía enfrente se despertó al mismo ruido; pero aunque le turbaba el sueño no hizo caso.

Acababan de dar las 11 cuando atravesando por aquel sitio para volver á su casa cercana á la de Burke un tal Flugues Alston, oyó de repente una voz de mujer que gritaba, ¡al asesino! pero aquellos debiles gritos los ahogaba el estrénito que formaban dos hombres que al parecer luchaban. En fin otro grito mas penetrante, el último de una persona á quien se ahoga, segun dijo mas adelante el testigo en su deposición, le llenó de espanto y de terror. Corrió inmediatamente á la calle mirando á todas partes y gritando el mismo favor, pero no vió ningun watchman (sereno); ninguna voz respondió á la suya, y persuadiéndose que se habia alarmado sin motivo, entró en su casa y se acostó á los pocos momentos. Todavía sintió que dos hombres hablaban en voz baja, callaron luego, y solo el ruido del viento turbó el silencio de la noche.

A cosa de las siete á las ocho de la siguiente mañana se hallaban reunidas nueve personas en la casa de Burke, y eran él y su mujer manceba Elena Mac-Dougal, Hare y su mujer, las dos vecinas citadas, un tal Gray y su mujer y un jóven llamado Juan Broggan. Burke tenia en la mano una botella de licor espirituoso, y en presencia de todos aquellos testigos llenó un vaso y echó lo restante sobre una cama y un saco de paja que estaba junto al lecho.—¿Para qué echas ese licor, exclamó Ana Black?—Porque necesito la botella para llenarla, respondió Burke, nadie querria beber este licor.—En aquel momento una de las demas personas presentes preguntó á Elena Mac-Dougal que qué se habia hecho de la vieja escocesa.—Ayer la puse en la puerta de la calle, contestó ella, porque se permitia demasiadas llanezas con Guillermo. Despues de una breve pausa añadió: «Han oido VV. el estruendo que metieron Hare y Burke riñendo?»—«No hables de eso, mujer, dijo Burke entre dientes, ya somos amigos.»

El día se pasó sin otra novedad. Por la noche mis-triss Gray que se hallaba sola con su marido en la estancia de Burke, aunque este al salir habia encargado al jóven Broggan que se sentara cerca del saco de paja hasta que el volviese, se aprovechó de aquel momento para certificar de las sospechas que no podia desechar. Medio muerta de miedo se echó sobre el saco de paja, y metió en él ambas manos. Da un grito: sus sospechas no la han engañado... habia tocado un cadáver desnudo y frio... No dudando ya, llama á su marido, separa la paja y descubre el cadáver de la mujer que Burke habia llevado el día antes, echada, desnuda enteramente, sobre el lado derecho con la cara hacia la pared y la boca ensangrentada.

(Se concluid.)

LA FRAGATA.

Adios! adios! al rayo de la aurora,
La rápida fragata
Libre del ancla que la oprime ahora
Va á hender las ondas de zafiro y plata.

Del viento al soplo sobre el mar reclinan
Su negra prora el leño,
Como el corcel indómito se inclina
Bajo la mano del soberbio dueño.

Al arrullo del aura se estremece
Sobre el mástil la lona,
Que ya entre negras sombras desaparece,
Ya con blancos reflejos se corona.

Los pliegues de la flámula importuna
Que el zéfiro derata,
A los rayos se extienden de la luna,
Como una sierpe de luciente plata.

Mil antorchas brillantes como el día,
La popa coronado,
Van una luz fantástica y sombría
Por las vecinas ondas derramado.

Y va á partir! la noche postrimera,
Dulce placer la llene,
Aunque mañana la tormenta siera
Sobre la nave naufragante truene.

Al son del arpa que el placer despierta,
Y en placida bonanza,
Pasar se ven, girando en la cubierta,
Rápidas sombras en alegre danza.

Cada ola leve que en las peñas rota
Sobre la playa cae,
En su espuma blanquísima una nota
De la flotante música me trae.

Tiñe el alba los célicos altares
Con túnica de llama;
Ya viene el sol!... del seno de los mares
Brotó su luz, y el universo inflama.

Calla entonces del arpa melodiosa
La música suave,
Que al nuevo sol con salvá estrepitoso
Saludan los costados de la nave.

Mas qué otro son de bárbara armonía
Con impetu reventia?
Calle el cañon sus cánticos al día,
Que tambien lo saluda la tormenta.

Que ella tambien inquieta lo esperaba
Para empezar su vuelo;
Que ella tambien con cólera miraba
Puras las ondas y sereno el cielo.

Pronto murió la brisa y su armonía
Bajo sus pies airados;
Poco sirve la luz del nuevo día,
Que ella trajo en sus alas los nublados.

Esa fragata tan soberbia antes,
El áncora ya rota,
A merced de los vientos inconstantes
Sobre las olas irritadas flota.

No hay salvacion, que la corriente lleva
La nave desarmada,
Hacia la negra peña que se eleva
De huracanes y espuma rodeada.

Y agolpados á bordo se veian
Pálidos mil semblantes,
Contemplando las olas que subian
Sobre la nave naufraga tronantes.

Venciendo al trueno, un grito sobrehumano
Doliente se dilata:
Calle la tempestad!... que el Océano
Cubrió ya con sus olas la fragata.

Salvador Bermudez de Castro.

